

Trabajo, disciplina, orden
León Trotsky
28 de marzo de 1918

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 24-40. Informe en la Conferencia de la organización de Moscú del partido comunista, el 28 de marzo de 1918. El informe fue publicado en edición aparte: *El trabajo, la disciplina y el orden salvarán a la república soviética*, Moscú, 1918, Ediciones La vida y la ciencia - Biblioteca barata, n° 175.)

¡Camaradas! Nuestra conferencia se reúne en días de profundo viraje dentro de esta época de cambio, en momentos en que el estado de ánimo no puede ser entusiasta y combativo. Es indudable que atravesarnos un periodo de obstáculos internos, de grandes dificultades y, sobre todo, de autocrítica que (esperémoslo) llevará a la depuración y a un nuevo auge del movimiento revolucionario.

Nuestra genealogía, como poder, viene de la revolución de octubre, de la que alguno que otro, entre aquellos que estuvieron cerca de nosotros o marcharon paralelamente a nosotros, parece ahora inclinado a renegar. Incluso hoy, no pocos sabihondos siguen viendo la revolución de octubre como una aventura o como un error.

Los comunistas no podemos abordar la cuestión de la revolución de octubre bajo ese punto de vista subjetivo. Después de 1905, en el curso de los años que precedieron a la revolución de 1917, nosotros no sólo pronosticamos la inevitabilidad de una nueva revolución, sino que afirmarnos (previmos teóricamente) que si esa revolución culminaba victoriosamente no podía por menos de llevar al poder a la clase obrera, apoyada en todas las capas más pobres de la población. A nuestro análisis comprobado en octubre, se le llamaba utopía. Ahora llaman utopía a nuestra perspectiva socialista, a nuestro programa comunista. Pero para todos es un hecho evidente que la dictadura de la clase obrera, por nosotros profetizada, se ha realizado, y que todos aquellos “sesudos” que veían en esta profecía una utopía, la expresión de nuestros deseos subjetivos, fueron barridos por el desarrollo de la lucha de clases en nuestra revolución.

La revolución de febrero puso al descubierto la relación fundamental de fuerzas: en primer lugar, el conjunto de todas las clases acomodadas, poseyentes, encabezado por el partido kadete, dentro del cual se diluyeron todas las contradicciones y antagonismos entre los diversos grupos de poseyentes. Y se diluyeron, precisamente, porque la revolución planteó de manera tajante la cuestión cardinal, la cuestión de la propiedad como tal, y con ello eliminó las divergencias entre las clases propietarias.

Los grupos conciliadores representaban una especie de segundo gran campo de la revolución, el cual era políticamente mucho más importante de lo que correspondía a sus fuerzas sociales reales (por causas sobre las que diré ahora algunas palabras). El tercer campo incluía la clase obrera encabezada por nuestro partido y las masas trabajadoras ligadas a ella.

Como acabo de decir, el campo conciliador (que marcó con su sello fatídico la primera época de la revolución) parecía a sí mismo y a los otros mucho más poderoso de lo que, en realidad, correspondía a la naturaleza social de las capas donde reclutaba sus efectivos. Me refiero a la intelligentsia burguesa y pequeñoburguesa, de donde los partidos conciliadores extraían no sólo sus jefes sino sus cuadros militantes.

¿Cómo se explica que en la primera época de la revolución el partido de los socialrevolucionarios y el partido menchevique desempeñasen un papel dirigente, frenando con ello el desarrollo de la revolución, agravando el desbarajuste, e imprimiendo

con ello a todo el proceso ulterior un carácter extremadamente tirante y doloroso? Se explica porque nuestra revolución surgió de la guerra, y la guerra movilizó y organizó a las masas populares más ignorantes y atrasadas, pertenecientes al campesinado, dándoles una organización militar y forzándolas así, en la primera época de la revolución, a ejercer una influencia directa e inmediata en el curso de los acontecimientos políticos, antes de que dichas masas pudieran cursar, bajo la dirección del proletariado, la más elemental escuela política.

Los regimientos, las divisiones, los cuerpos, eligieron sus representantes a los soviets de diputados obreros y soldados en términos de igualdad con la clase obrera. Pero la clase obrera eligió sus diputados partiendo de sus centros naturales de trabajo: las fábricas, los talleres. Los campesinos los eligieron estando incluidos, por medio de la máquina estatal, en la organización coactiva del ejército, y de ahí que no eligiesen diputados campesinos, sino diputados de regimiento, compañía, etc.

A través del ejército los campesinos fueron llamados a ejercer una activísima influencia en el curso de los acontecimientos políticos, antes, repito, de que el aprendizaje político bajo la dirección de la clase obrera les diera la necesaria convicción íntima, el mínimo necesario de ideas políticas. Es natural que esta masa campesina se buscara representantes y jefes fuera de ella, encontrándolos ante todo en la intelligentsia pequeñoburguesa del ejército, en los oficiales jóvenes más o menos revolucionarios que se autodefinían como tales; en una palabra, en elementos procedentes de la burguesía que tenían sobre la masa de campesinos soldados la superioridad formal de expresar sus ideas con más o menos coherencia, conocimientos, etc. He aquí por qué se multiplicaron tanto, en la primera época, los cuadros de los partidos conciliadores, socialrevolucionarios y mencheviques. Se apoyaban en un ejército campesino de millones. Y como la clase obrera aspiraba instintivamente a no desconectarse de las masivas reservas campesinas, ella misma reveló cierta tendencia a la conciliación, puesto que ésta representaba un puente que la ligaba a las masas de campesinos y soldados. Tal es la razón de que, en el desarrollo de la revolución, durante su primera época, los socialrevolucionarios y mencheviques imprimieran el sello de su influencia determinante en todos los sentidos. Pero esta influencia no sólo se expresó en no abordar la resolución de tan siquiera uno de los problemas planteados por la revolución, sino en dar largas y bloquear abiertamente todos los problemas, agravando todas las dificultades y comunicando así a la herencia que nos cayó en octubre el carácter de terrible fardo histórico.

Cuando por la lógica interna de la lucha de clases nuestro partido, que estaba a la cabeza del proletariado, se encontró en el poder, fue puesto a prueba el tercer campo, el campo de la clase obrera, única capaz, por su naturaleza misma, de resolver las tareas fundamentales de la revolución.

La manera arrolladora como en el aspecto político y del combate directo se realizó la revolución de octubre, fue inesperada y sin precedentes. La historia no conoce ejemplos de una ofensiva tan poderosa de la clase oprimida, de una ofensiva que derrocó con tal rapidez y coordinación el poder de las clases poseyentes y dominantes en todo el país, llevando su propio poder, desde Petrogrado y Moscú, a todos los confines y rincones de Rusia.

Esta marcha triunfal de la insurrección de octubre mostró la debilidad política de las clases burguesas, enraizada en las particularidades del desarrollo capitalista ruso.

Habiéndose formado en el periodo de plena descomposición de la pequeña y media industria y de la vieja ideología capitalista en Europa, presentándose de inmediato en la forma más concentrada, el capitalismo ruso desarrolló indudablemente un gran poderío económico, y junto con ello la capacidad interna del paso a formas más perfeccionadas de gestión. Es decir, creó las bases de la empresa nacionalizada. Pero, al

mismo tiempo, esas mismas condiciones hicieron del representante ruso del capital industrial-comercial y financiero una reducida clase privilegiada, pequeña por el número y por su aislamiento de las amplias masas populares, sin raíces ideológicas en el pueblo, sin partido político propio.

De ahí la insignificancia de la resistencia política que nuestra burguesía fue capaz de oponernos en octubre, noviembre, y en los meses posteriores, cuando en una serie de lugares estalló el levantamiento de los Kaledin, Kornílov, Dutov¹ o de la Rada ucraniana. Si esta última venció temporalmente o vence hoy al poder soviético en Ucrania, la cosa se explica exclusivamente por la ayuda de la poderosa máquina del militarismo alemán². Tanto en las regiones avanzadas como en las atrasadas, las menos industriales, en todas partes, nuestras clases acomodadas fueron impotentes para detener, por sus propios medios, la ofensiva militar revolucionaria del proletariado que luchaba por la conquista del poder estatal. Esto, camaradas, indica, ante todo que si por la fuerza y la voluntad de la historia fuéramos arrojados del poder (cosa que no creo, y en la que tampoco creéis vosotros) ello sería sólo un episodio, no duraría más que un pequeño periodo, porque el desarrollo proseguiría por la misma línea esencial que ha seguido hasta hoy. Así lo indica, lo garantiza, el abismo social existente entre la alta burguesía y las clases trabajadoras, así como la profunda unión entre el proletariado y todas las masas desheredadas.

Aunque fuese transitoriamente despojado del poder, el proletariado seguiría siendo el jefe de la gran mayoría de las masas trabajadoras del país, la nueva y próxima la lo llevaría inevitablemente al poder. De esto debemos nutrir la confianza profunda en toda nuestra acción política. Dada la estructura social de Rusia y la situación internacional en que vivimos, nosotros somos invencibles en el sentido fuerte del término, pese a todas las dificultades y pese, incluso, a nuestras propias insuficiencias, errores y fallos, sobre los cuales hablaré luego.

La resistencia militar de la burguesía fue rota en brevísimo plazo. Entonces puso en marcha otro mecanismo de resistencia: el sabotaje por funcionarios y técnicos, por todas las fuerzas intelectuales, calificadas o semicalificadas, que en la sociedad burguesa sirven al mecanismo de dirección técnica y, junto con ello, al de dominación de clase, de administración de clase.

Todos estos elementos se rebelaron después de la conquista del poder por la clase obrera. Teóricamente, el fenómeno no debía ser y no podía ser, para nosotros, algo inesperado. Marx escribió, con motivo de la Comuna de París, que una vez en el poder la

¹ *La lucha contra Dutov*, atamán de las tropas cosacas de Oremburg, fue encarnizada en el transcurso de todo el año 1918, en las regiones de la orilla izquierda del Volga del sur y en el Ural. El 18 de enero, con la toma de Oremburg, fue liquidado el núcleo principal de Dutov, pero consigue organizar de nuevo a los cosacos contra el poder soviético a raíz de la sublevación de los checoslovacos.

² *La Rada ucraniana y la lucha contra ella*. En el Congreso Nacional Panucraniano, de abril 1917, fue elegida la Rada Central, menchevique-socialrevolucionaria, con Simón Petliura a su cabeza. La Rada llegó a un acuerdo con el gobierno provisional sobre la autonomía de Ucrania y comenzó a formar unidades militares nacionales. Después de la revolución de octubre la Rada proclamó la independencia de la república ucraniana, ucraniza los frentes sudoeste y rumano, y realizó una política contrarrevolucionaria contra el poder de los sóviets. La Rada se niega a dejar pasar convoyes soviéticos hacia el Don, pero no obstaculiza la concentración de cosacos y tropas de choque contra el poder soviético; retira fuerzas del frente. A comienzos de enero el gobierno soviético se vio obligado a liquidar este nido por la fuerza militar. El comandante jefe, camarada Antónov-Ovseenko, hizo avanzar sus unidades sobre Kiev. Con él cooperan los destacamentos del camarada Berzin, que ataca desde de la región de Gomel-Briansk Durante el avance sobre Kiev, los obreros inician allí la insurrección y el 26 de enero Kiev cae en manos de los sóviets. Comprendiendo que dentro del país no tiene apoyo, Petliura concluye un pacto con los alemanes, por el cual estos últimos se comprometen a limpiar Ucrania de destacamentos rojos. Los alemanes reconocen la independencia de la Rada y ésta los abastece con cantidades importantes de productos. Bajo la presión de las tropas ucranianas los destacamentos de la Guardia Roja se retiran del territorio ucraniano.

clase obrera no puede apropiarse mecánicamente el viejo aparato estatal: debe reconstruirlo por completo³. Y esta imposibilidad para la clase obrera de apoderarse simplemente de la vieja máquina, se expresa entre nosotros en dos formas: en la desconfianza de las masas obreras y de los sóviets hacia los antiguos funcionarios y en el odio de éstos al nuevo dueño, a la clase obrera. De ahí el sabotaje, la deserción, la desorganización de todas las instituciones gubernamentales y de muchas sociales y privadas por parte del personal dirigente, técnico y administrativo.

En la medida en que no fue simple producto del pánico de los miembros de la intelligentsia ante el robusto puño de la clase obrera haciéndose dueña del poder, en la medida en que perseguía un objetivo político, ese sabotaje hizo de la futura Asamblea Constituyente su objetivo natural, un nuevo puente de las clases acomodadas hacia el poder.

Si por su naturaleza, por sus intereses políticos, a la burguesía rusa y a las clases pudientes rusas, en general, les correspondía como ideal político la rígida monarquía censitaria, a los intereses y concepciones de los elementos intelectuales, encabezados por los partidos conciliadores, corresponde ante todo la Asamblea Constituyente, que da a esa intelligentsia pequeñoburguesa un papel desproporcionadamente importante. Ello se explica porque dicha intelligentsia, gracias a su discurso fácil, interviene en el parlamento como representante de las masas más ignorantes y atrasadas, incapaces aún de expresarse, y al encontrarse así situada entre las clases pudientes y las masas trabajadoras puede desempeñar su papel de conciliador, de mediador. Según su idea, la Asamblea Constituyente sería la gran cámara de arbitraje, la gran institución conciliadora de la revolución rusa.

Los sóviets o, lo que es lo mismo, la clase obrera organizada en sóviets, repudió la Asamblea Constituyente, declarando que, en la época del choque directo entre las clases, sólo puede gobernar abierta y sólidamente una u otra clase; que en tal momento sólo puede haber dictadura de los capitalistas y terratenientes o dictadura de la clase obrera y de los campesinos pobres.

Al disolver la Asamblea Constituyente, los sóviets rompieron la columna vertebral del sabotaje procedente de la intelligentsia. Fue doblegada la resistencia de todos esos elementos técnicos, administrativos, burocráticos. Pero la lucha contra el sabotaje, lo mismo que la guerra civil abierta, distrajo hasta cierto punto nuestra atención de las principales tareas organizativas y administrativas. Por otra parte, como es natural, se creó en nosotros la convicción de que derrotando a los kaledines y konilovianos, tomando definitivamente el poder en nuestras manos, aplastando el sabotaje, pasábamos, por fin, al verdadero trabajo creador.

Después de derrotar en combate abierto la resistencia de la burguesía, de los kaledines y kornilovianos (no gracias a nuestra técnica militar, que se encontraba al más bajo nivel, sino gracias a que la burguesía no contaba con masas combatientes seguras); después de desbaratar el sabotaje del personal técnico administrativo, y de hacerse posible la incorporación al trabajo de ese grupo de la intelligentsia; después de todo eso, nos enfrentamos de plano, por primera vez, con las inmensas tareas; dificultades y obstáculos heredados del pasado.

³ La Comuna de París. Primera revolución obrera, desencadenada por el proletariado de París el 18 de marzo de 1871, en el momento en que la Francia burguesa, habiendo perdido la guerra contra los alemanes, se disponía a entregarles la capital para protegerse contra la cólera revolucionaria del proletariado. La Comuna se apoderó del aparato del estado, pero no pudo crear otro. Aislada del resto de Francia sólo pudo sostenerse 72 días, siendo bárbaramente aplastada por la burguesía bajo la dirección de Thiers. [Serie [Colección de carteles de las Comunas de París y Lyon, con fotografías de los originales, traducidos al castellano](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)].

Es evidente que, por sí mismos, la guerra civil y los métodos a que hubimos de recurrir para vencer el sabotaje de los funcionarios en todas las instituciones, acentuaron el desbarajuste heredado de la guerra y de la primera época de la revolución. De esto nos dábamos perfecta cuenta, pero no nos detuvo. Sabíamos, teníamos la profunda convicción (apoyada en todo nuestro análisis de los acontecimientos históricos rusos) de que sólo existía una salida para desembocar en la gran avenida del desarrollo histórico: la dictadura de la clase obrera. Sabíamos que si se encontraban obstáculos en el camino de esa dictadura había que barrerlos. Y si el barrerlos agravaba transitoriamente la desorganización, todo sería compensado luego, con creces, por la política económica, intensiva y creadora, que la clase obrera en el poder pondría en práctica inmediatamente.

Ahora, camaradas, habiendo superado dificultades políticas, nosotros nos encontramos de pleno ante todas esas dificultades organizativas. Ante la clase obrera y ante nosotros (sus representantes) la historia pone sobre el tapete la siguiente cuestión: ¿sois capaces de medirlos con todas esas dificultades que los decenios y siglos pasados acumularon para vosotros, en algunos casos trabándolas entre sí con nudos gordianos, y en otros bajo el aspecto totalmente caótico de la ruina a escala panrusa? ¿Estaréis vosotros, estaremos nosotros, a la altura de esas tareas? Con otras palabras: llegada la hora de la gran prueba, de una gran prueba como nunca conoció la clase obrera en la historia, ¿estará la clase obrera, dirigida por su partido comunista, a la altura de su misión histórica?

Las dificultades con que nos encontramos pueden ser divididas en dos categorías: las de carácter objetivo y las de carácter subjetivo.

Las dificultades de carácter objetivo residen en las condiciones exteriores. Consisten en el hecho mismo de la ruina general, en que nuestras vías de comunicación están destruidas; los vagones, deteriorados y desvencijados; gran parte de las locomotoras, averiadas; y las locomotoras en buen uso marchan sobre raíles inseguros. Nuestras fábricas y talleres están desorganizados a consecuencia, en primer lugar, de la movilización y, después, de que la desmovilización ha sido parcial y llevada a cabo muy imperfectamente. Nos encontramos con enormes dificultades de abastecimiento, en parte debido al empobrecimiento general, y en parte por la desorganización de todos nuestros medios y vías de transporte, de contabilidad y de control. Tales son las dificultades de colosal envergadura que se levantan ante nosotros y debemos superar cueste lo que cueste. Si no las vencemos el país se hundirá a breve plazo, porque nadie lo hará en nuestro lugar.

Si nosotros, clase obrera, no podemos (como decía Marx) servirnos mecánicamente del viejo aparato estatal, ello no significa que, en general, podamos prescindir de aquellos elementos que entraban en la composición del viejo aparato estatal.

La desgracia de la clase obrera es que siempre ocupó la situación de clase oprimida, lo cual se reflejó en todos los aspectos: en el nivel de su instrucción, y en que no poseía los hábitos de administración de que estaba dotada la clase dominante y eran transmitidos por ella, hereditariamente, a través de sus escuelas, universidades, etc. Nada de esto tiene la clase obrera y todo debe adquirirlo.

Llegada al poder, la clase obrera debe liquidar el viejo aparato estatal de opresión clasista. Pero al mismo tiempo debe extraer de ese aparato todos los elementos calificados valiosos que nos son técnicamente necesarios, ponerlos en el puesto idóneo, y perfeccionar, mediante la utilización de dichos elementos, su propio poder proletario. Tal es, camaradas, la tarea que se alza ante nosotros con toda su talla.

La primera época de lucha contra el sabotaje consistió en la destrucción implacable de la organización de los saboteadores. Fue necesaria y, por tanto, justa.

Ahora, cuando el poder de los sóviets se ha consolidado, la lucha contra el sabotaje debe manifestarse, ante todo, en convertir a los saboteadores de ayer, allí donde sea

indispensable, en servidores del nuevo régimen, en ejecutores, en dirigentes técnicos: Si no lo logramos, si no atraemos todas las fuerzas necesarias y no las ponemos a servir los sóviets, nuestra anterior lucha contra el sabotaje, la lucha militar revolucionaria, resultará condenada como totalmente inútil e infecunda.

Lo mismo que en las máquinas inertes, en los técnicos, ingenieros, médicos, maestros, ex oficiales, hay invertido un capital nacional, del pueblo, que estamos en la obligación de explotar, de utilizar, si es que queremos resolver nuestras tareas fundamentales.

La democratización no consiste (esto es el *abc* para todo marxista) en abolir la significación de las fuerzas calificadas, la significación de las personas que poseen conocimientos especiales; consiste únicamente en ponerlas bajo órganos colegiales electos, como órganos de control.

Un órgano colegial electo, cuyos miembros sean los mejores representantes de la clase obrera pero no posean los conocimientos técnicos necesarios, no puede reemplazar un solo técnico que haya pasado por la escuela correspondiente y sepa realizar la tarea especial dada. Ese desbordamiento de colegialidad que se observa actualmente entre nosotros, en todos los dominios, es la reacción natural de la joven clase revolucionaria, oprimida hasta la víspera, que arroja el principio del mando unipersonal propio a sus señores y jefes de ayer, e instaura por doquier sus representantes electos. Esto, repito, es una reacción completamente natural y sanamente revolucionaria en sus motivaciones. Pero no es la última palabra de la edificación de la administración estatal por el proletariado.

El nuevo paso debe consistir en la autolimitación del principio colegial, en la saludable y salvadora autolimitación de la clase obrera, la cual sabe dónde puede tener la última palabra el representante electo de los obreros mismos, y dónde es necesario dejar el sitio al técnico, al especialista, armado de determinados conocimientos. Al cual debe imponerle serias responsabilidades y colocarlo bajo un control político vigilante. Pero al mismo tiempo es necesario dar al especialista la posibilidad de una actividad libre, de una creación no constreñida, porque ni un solo especialista, por poco que esté dotado y sea capaz en su materia, puede trabajar subordinándose a un órgano colegial de gentes no peritas en el terreno que le es propio. La colegialidad política, el control soviético, es necesario introducirlos en todas partes, pero para las funciones de ejecución hay que designar especialistas técnicos, colocarlos en los puestos responsables y hacerles asumir sus obligaciones.

Aquellos que temen proceder así desconfían profundamente, aunque sea sin darse cuenta, del régimen soviético, piensan que la incorporación a los puestos técnicos de los saboteadores de la víspera pone en peligro los fundamentos mismos del régimen soviético. No se dan cuenta de que no es uno u otro ingeniero, o exgeneral, quien hará tambalearse al régimen soviético: éste es invencible en el sentido político, revolucionario, militar, pero puede vacilar si es incapaz de medirse con las tareas de edificación, de organización.

Es necesario extraer de las viejas instituciones todo lo que allí haya de vital y valioso, a fin de utilizarlo en el nuevo trabajo. Si no hacemos esto, camaradas, no podremos resolver nuestras tareas esenciales, porque es totalmente imposible promover de entre nosotros, en plazos perentorios, todos los especialistas necesarios y dar de lado todo lo que fue acumulado en el pasado.

Proceder así sería, en esencia, lo mismo que arrojar las máquinas utilizadas hasta hoy para la explotación de los obreros. Sería absurdo. Atraer a los especialistas científicos es tan necesario para nosotros como contabilizar todos los medios de producción y de transporte, todas las riquezas del país.

Insisto: nos hace falta, y sin demora, inventariar los especialistas técnicos que tenemos e imponerles la obligación de trabajar, concediéndoles al mismo tiempo un ancho campo de actividad bajo nuestro control político.

Y aquí, camaradas, se alzan ante nosotros esas dificultades de carácter subjetivo que yo recordaba y las cuales residen en la misma clase obrera. Aquí se expresan también los pasados siglos de la historia rusa, se hacen sentir los tiempos en que las masas populares estaban sujetas a la tierra, despojadas moral y materialmente, privadas de los más elementales hábitos de gestión.

Nosotros ya sabíamos que no teníamos la necesaria organización y disciplina, es decir, la necesaria escuela histórica. Pero ello no nos impidió en manera alguna marchar con los ojos abiertos hacia la conquista del poder. Estábamos convencidos que aprenderíamos lo que fuese necesario y resolveríamos todo. Ahora, habiendo tomado el poder en nuestras manos, nosotros, representantes de la clase obrera, debemos percibir, de manera absolutamente clara y honesta, cuáles son los defectos e insuficiencias propios que representan un tremendo peligro para la causa de la edificación socialista.

Como ha sido dicho, esos defectos e insuficiencias tienen su explicación histórica, anclada en la vieja y “compacta” existencia mujik, cuando aún no había despertado el individuo libre e independiente, y todo era (según expresión de Glev Uspienki) *vobla*⁴, masa compacta, que vivía y perecía como vive y parece la masa compacta de langostas. La revolución, al despertar la personalidad humana de su postración, imprimió naturalmente a este despertar, en los primeros tiempos, un carácter extremoso, anárquico, si queréis. Este despertar de los más elementales instintos de la personalidad reviste a menudo un carácter brutalmente egoísta, o en términos filosóficos, “egocéntrico”. Ayer todavía el hombre-masa no era nada: esclavo del zar, de la nobleza, de la burocracia; apéndice de la máquina del fabricante. En su existir campesino no era más que sujeto imponible, pagador de impuestos. Ahora, liberado de todo eso, experimenta por primera vez el despertar de su personalidad, y comienza a pensar que él es todo, que él es el centro del universo. Aspira a coger para sí todo lo que puede, no piensa más que en él, y no está predispuesto a tomar en consideración el punto de vista de la clase, del pueblo. De ahí el desbordamiento de actitudes desorganizadoras, de tendencias individualistas, anárquicas, rapaces, que advertimos particularmente en los amplios círculos de elementos desclasados, en los medios del antiguo ejército, y también en determinados elementos de la clase obrera.

Esto no es más que una enfermedad de crecimiento. Seríamos ciegos y cobardes, camaradas, si viéramos ahí cualquier peligro grave, un síntoma fatal. No, no se trata de eso. Como el sarampión en el niño, o el dolor al salirte los dientes, se trata de una enfermedad orgánica propia al crecimiento de la clase; los dolores del despertar de sus fuerzas clasistas, de su creatividad. Pero de todas maneras es una enfermedad y debemos esforzarnos por dominarla en el más breve plazo. Los fenómenos negativos se observan por doquier: en las fábricas, en los talleres, en los sindicatos, en los ferrocarriles, entre el nuevo funcionariado, en las oficinas, en todas partes...

Hemos aniquilado el sabotaje anterior y barrido a escobazos la mayoría de los viejos funcionarios. Pero sus reemplazantes resultaron no ser, ni de lejos, material de primera clase. A los puestos vacantes llegaron, por un lado, nuestros camaradas de partido, los cuales conocieron la clandestinidad, pasaron por la escuela revolucionaria; sus mejores elementos son combativos, honestos a más no poder, desinteresados. Pero, por otro lado llegaron carreristas, intrigantes, fracasados de ayer, marginados bajo el antiguo régimen. Al hacerse necesario incorporar de golpe decenas de miles de nuevos

⁴ *Vobla*: pescado de mar que se emplea en salazón y curado. [NDE]

elementos calificados, nada tiene de extraño que muchos merodeadores consiguieran penetrar en los poros del nuevo régimen.

Y hay que añadir que muchos de los camaradas empleados en diferentes administraciones e instituciones resultaron incapaces no pocas veces de efectuar un trabajo orgánico, creativo, perseverante. En los ministerios encontramos a diestra y siniestra ese tipo de camaradas, especialmente entre los salidos de los bolcheviques de octubre⁵. Trabajan cuatro o cinco horas por día y no muy intensivamente, mientras que la situación exige ahora de nosotros el máximo esfuerzo productivo, y no por temor sino por conciencia.

Muchos, gentes sin carácter, aunque honestas, se dejan sugestionar fácilmente con la idea de que en la situación de ruina del país, cuando todo está desquiciado, relajado, no vale la pena gastar energías, puesto que de todas maneras no son integradas en la economía general de la vida estatal, muchos se dicen: “¿De qué sirve que uno se esfuerce en medio de este caos?”

De ahí, camaradas, que sobre los representantes de nuestro partido recae una tarea completamente nueva. Si fuimos los primeros en los combates revolucionarios, como antes en la clandestinidad, y después fuimos los primeros en tomar al asalto las posiciones de la clase enemiga, ahora es necesario que en todos los puestos ocupados por nosotros (yo no olvido un solo instante que somos ahora la clase dominante) mostremos el máximo de escrupulosidad, de eficiencia, de creatividad; en una palabra, las cualidades que caracterizan a la clase de los auténticos constructores de una nueva vida. Y también necesitamos crear en el interior de nuestro partido una nueva moral o, más exactamente, una moral que sea el desarrollo de nuestra moral combatiente de ayer. Si a quien más se apreciaba entonces era a quien más abnegadamente era capaz de vivir en casas ilegales, renunciando a todo interés y sentimiento personal, a quien era capaz de sacrificar en todo momento su vida, ahora esas mismas cualidades básicas del revolucionario ruso, de las cuales nos enorgullecemos, deben encontrar nueva aplicación en todos los puestos, por muy prosaicos que nos parezcan a primera vista.

En todas partes deben ponerse en pie los ejecutantes conscientes de todas las funciones, de todas las tareas, de todas las necesidades de la república socialista soviética, y poner en el cumplimiento de las mismas toda su abnegación, todo su entusiasmo.

A través de nuestro partido comunista debemos crear en cada fábrica una célula modelo, que sea la conciencia laboral de dicha fábrica. Es necesario que esa célula siga, observe (con la óptica de los intereses generales) la vida de su fábrica, y haga comprender a los trabajadores la necesidad de cumplir en todo momento y en todas partes con las obligaciones más elementales ante nuestro país soviético, la responsabilidad de cuyo destino recae enteramente sobre nosotros, en tanto que clase dirigente y partido dirigente. Sobre todo ahora, cuando el grupo de socialrevolucionarios de izquierda se separó de nosotros, cuando la responsabilidad directa y universal por todo lo que se hace en el estado, y a través del estado en la vida económica del país, recae únicamente en el partido comunista.

A través del partido y a través de nuestros sindicatos, es necesario infundir este nuevo espíritu en fábricas y talleres, inculcar en las masas esta nueva conciencia del deber laboral, del honor laboral. Y apoyándose en esa conciencia hay que introducir los tribunales laborales, a fin de que el obrero indiferente ante sus obligaciones, el que malgasta material y lo maneja descuidadamente, y aquel que no trabaja a pleno rendimiento durante su jornada laboral, sean sometidos a juicio; a fin de que los nombres

⁵ Se llamaba así a los venidos al partido después de la toma del poder. [NDE]

de estos infractores de la solidaridad socialista aparezcan en todas las publicaciones soviéticas como nombres de renegados.

Ahora estamos obligados, camaradas, a predicar, apoyar, desarrollar y fortalecer esa moral comunista. Es la primerísima tarea de nuestro partido en todos los campos de su actividad. Y de su solución depende la suerte de nuestra política. Tomemos, como ejemplo, los ferrocarriles. Hasta hoy día, en el asunto ferroviario nos hemos acusado los unos a los otros, acusamos al anterior gobierno, a la vieja administración, al Vikjel⁶. Y tuvimos razón. Después de que resultamos vencedores, el poder y la dirección en este terreno pasó también a nuestras manos. Ahora los ferrocarriles están en nuestro poder, pero esto no es todo el problema, ni incluso la mitad del problema; tal vez sólo es su décima parte. Lo que ahora hace falta es transformar el aparato ferroviario en mecanismo de relojería; se trata de una de las tareas políticas más importantes del partido comunista y del poder soviético en el momento presente. He aquí la esencia del problema y lo que hace falta comprender.

Si antes la tarea política consistía en la agitación, la propaganda, la lucha abierta de calle en las barricadas, la conquista del poder, las elecciones, ahora la organización de los ferrocarriles, la creación en ellos de una disciplina de trabajo, el conseguir la plena responsabilidad de cada uno en su puesto, constituyen precisamente la tarea política de nuestro partido. ¿Por qué? Porque si no somos capaces de hacerlo seremos derribados, y este hecho será considerado como un enorme fallo en la historia mundial del proletariado. Nosotros comprendemos, naturalmente, que al fin y a la postre el proletariado vencerá, pero el hecho de que en la ocasión presente nuestro partido y nuestra clase no soportasen la prueba dejaría su huella y pesaría gravemente. He ahí por qué las tareas estatales creadoras, organizacionales, esbozadas por mí, se convierten de manera directa e inmediata en obligación política de nuestro partido.

Todo esto concierne por entero a la esfera con la cual estoy ahora más estrechamente vinculado: la esfera militar. No voy a referirme aquí a la situación internacional del país, a las perspectivas y peligros exteriores. Para los fines de mi informe es suficiente con decir que, puesto que la revolución rusa depende de la situación mundial, está ligada a la suerte de la revolución europea. Si no hay revolución en Europa, si la clase obrera europea se revela incapaz de levantarse contra el capital en la liquidación de esta guerra, si este supuesto monstruoso se confirmara, ello significaría que la cultura europea está condenada. Significaría que al término del poderoso desarrollo del capitalismo, como resultado de esa carnicería mundial a la que el capitalismo mundial precipitó los pueblos, la clase obrera europea resultó incapaz de tomar el poder y de liberar a Europa de la pesadilla del infierno capitalista. Significaría que Europa está condenada a descomponerse, a degenerar, a retroceder. Naturalmente, si Europa es arrojada atrás, hacia la barbarie, y si la cultura se desarrolla después en alguna otra parte, en Oriente, en Asia, en América; si Europa se convierte en una península atrasada de Asia, como los Balcanes, en otros tiempos foco de cultura, estancaron después, transformándose en el rincón más atrasado de Europa; si todo esto sucede, nosotros, naturalmente, tampoco nos sostendremos. Pero dado que no tenemos, decididamente, razón alguna para adoptar semejante hipótesis monstruosa; dada nuestra convicción de que el proletariado europeo, al término de esta guerra (y, probablemente, ya en el curso ella) se sublevará (hacia esa vía le empuja la nueva ofensiva en el frente occidental, que descubre nuevamente ante las

⁶ *Vikjel*. Comité Ejecutivo Panruso del Sindicato de Ferroviarios, que agrupaba a todos los obreros y empleados de los ferrocarriles. La mayoría del Vikjel estaba compuesta de mencheviques y socialrevolucionarios, lo que explica que antes y después de octubre adoptara una posición no revolucionaria, conciliadora, y se esforzara por ser neutral entre la revolución y la contrarrevolución. Trataba de impedir el movimiento de tropas de los contendientes y retenía los cargamentos militares.

masas obreras lo insoportable de su situación); dado todo esto, podemos decir que el futuro de nuestra revolución, indisolublemente enlazado con el destino de la revolución europea y por tanto el destino de Europa a escala mundial, es más bien favorable. Pero en tanto que factor de esa revolución europea, en tanto parte integrante de ella, nosotros debemos preocuparnos de ser fuertes, lo que quiere decir, en particular, disponer de un ejército que, en primer lugar, se corresponda al carácter y al espíritu del régimen soviético y, en segundo lugar, sepa defenderlo y contribuir a la revolución mundial.

Vosotros habéis leído las tesis fundamentales que os ha enviado el Comisariado del Pueblo para los Asuntos Militares. Puesto que el desarrollo ulterior de las relaciones internacionales puede ponernos de nuevo, en brevísimo plazo, ante duras pruebas bélicas, nosotros consideramos que en ese mismo breve periodo debemos formar los cuadros sólidos y fieles del ejército, y no pueden ser formados sobre la base del reclutamiento general obligatorio porque en los próximos dos meses no procederemos a tal reclutamiento. He ahí por qué tenemos que sujetarnos transitoriamente al principio del *voluntariado*, el cual, naturalmente, debe ser depurado mediante la aplicación riguroso criterio personal y político a todos los voluntarios.

Las organizaciones del partido, sus comités y células, tienen la obligación de preocuparse en todos los lugares por la calidad política y moral de los elementos que ingresen en el ejército, y para que, una vez incorporados al ejército, no pierdan sus vinculaciones con las masas obreras y reciban su influencia sistemáticamente.

Anticipando un poco, debo decir que algunos camaradas de partido temen que el ejército pueda llegar a ser un instrumento o un foco de maquinaciones contrarrevolucionarias. Este temor, en la medida que tiene cierta justificación, debe obligarnos a concentrar nuestra atención en la base, en los soldados del Ejército Rojo. Aquí podemos y debemos crear un *fundamento* tal que haga estéril todo intento de transformar al Ejército Rojo en instrumento de intenciones contrarrevolucionarias. Primerísima tarea en este camino es el completamiento de los cuadros con la instrucción (militar) general de los obreros en las fábricas y de los campesinos pobres en los pueblos y aldeas. Hasta ahora, camaradas, muchos decretos y disposiciones promulgados por nosotros han quedado en el papel. Una primera orden del partido consiste en lograr que el decreto sobre la instrucción militar obligatoria en fábricas, talleres, etc, que será publicado en los próximos días⁷, sea aplicado de verdad. Velar por ello es tarea de las organizaciones del partido, de las células.

Sólo una amplia instrucción militar de las masas obreras y campesinas, en todos los lugares donde sea prácticamente realizable, hace posible la transformación de los cuadros voluntarios en un esqueleto susceptible, en el instante de peligro, de encarnarse realmente en grandes masas obreras y campesinas armadas.

Y aquí paso al punto delicado que actualmente constituye, hasta cierto grado, un problema espinoso en la vida del partido. Se trata de uno de los problemas de la organización del ejército, concretamente el de la utilización de especialistas militares o, hablando claramente, de los ex oficiales y generales, en la creación del ejército y en su mando. Todas las principales instancias dirigentes del ejército están siendo formadas actualmente de tal manera que en su composición entra un especialista militar y dos comisarios políticos. Ese es el tipo fundamental de los órganos dirigentes del ejército hoy día.

A mí me ha tocado ya, más de una vez, declarar en reuniones abiertas que, en la esfera del mando operativo, del combate, nosotros damos a los especialistas militares

⁷ Ver el punto 3, página 2 del formato pdf, del [Decreto sobre la instrucción militar obligatoria](#), en nuestra serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#). EIS.

plena responsabilidad y, claro está, los necesarios derechos. Muchos de entre nosotros temen esto, y su temor se refleja en las resoluciones de algunas organizaciones del partido. En mi bolsillo tengo una de esas resoluciones. La recibí ayer del territorio del noroeste. Y en esta resolución hay una excelente caracterización de las dificultades con que tropezamos. Lo mismo que se observan muchas arbitrariedades de todo tipo (registra esta resolución) de parte de algunos representantes soviéticos, se observa también mucha negligencia, e incluso deshonestidad y latrocinio (¡sí, latrocinio!) de parte de ciertos portadores del poder soviético, elegidos por las organizaciones obreras. ¡Sí, mucho de esto, demasiado, sucede actualmente! Y, una vez más, la tarea del partido es proceder implacablemente contra semejantes fenómenos en nuestros propios medios, porque hundan al país, deshonran y descomponen a nuestro partido. Hay que perseguir no sólo a los que directa o indirectamente sean culpables de malversación del dinero del pueblo, sino también aquellos que sean tolerantes con cualquier fenómeno de corrupción y descomposición. Debemos operar la selección con férrea implacabilidad, precisamente porque en este aspecto hay muchos síntomas peligrosos y alarmantes. Sobre eso, exactamente, escriben los camaradas del territorio del noroeste en la resolución evocada, la cual caracteriza muy bien la situación y exige del partido medidas draconianas, medidas para cauterizar las plagas morales con hierro candente.

Y esa misma resolución apunta con parecida alarma a otro peligro, el peligro de utilizar generales que, al parecer, llevarían al país a una nueva kornilovada. Ciertamente, ese peligro no puede descartarse. Pero no está alimentado únicamente por la incorporación al servicio de una o dos decenas de generales, sino por raíces más profundas.

¿De dónde viene la arbitrariedad, la negligencia e incluso la incuria? Muy a menudo es el resultado de que la gente ocupa puestos para los que no están preparados. Mirad lo que ocurre ahora en Ucrania. Aquellos que se batieron magnífica y heroicamente contra las huestes de Kaledin, Dutov y Kornílov, vencieron a estos enemigos cuyo nivel técnico era parejo al suyo, recularon y se sintieron impotentes cuando se encontraron la máquina militar alemana. De ahí su malestar interno. Ellos, estos jefes de destacamentos guerrilleros, se combaten entre sí, se acusan mutuamente y no es raro que batallen menos contra los alemanes que contra la población local.

Lo que sucede en Ucrania nos enseña que, si hablamos seriamente de la defensa de la revolución soviética por la vía de la respuesta armada, de la guerra, debemos desechar toda la fraseología de los socialrevolucionarios de izquierda sobre la insurrección guerrillera; hay que plantearse la creación de un ejército regular. Sólo si existe este ejército regular pueden jugar un papel positivo, en sus flancos, los destacamentos guerrilleros. Pero para crear semejante ejército necesitamos especialistas calificados, incluidos los generales de ayer. Como ya he dicho antes, lo difícil para el régimen soviético en la actualidad no reside en la lucha contra el sabotaje, cuya columna vertebral hemos roto, sino en la utilización inteligente de los ex saboteadores.

Queda aún un problema referente a la organización del ejército: el llamado principio electivo. Todo su significado, en general, consiste en la lucha contra la anterior composición del cuerpo de oficiales, a fin de controlar los cuadros de mando.

Mientras el poder estaba en manos de una clase que era nuestro enemigo, y los cuadros de mando eran un instrumento en las manos de esa clase, nosotros estábamos obligados a destruir la resistencia clasista del personal de mando recurriendo al principio electivo. Pero ahora el poder político está en las manos de la clase obrera, de cuyos miembros se recluta el ejército.

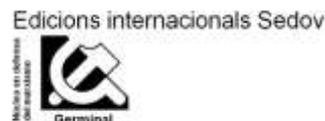
Bajo el actual régimen (yo digo esto muy francamente) el principio electivo en el ejército es políticamente inútil y técnicamente perjudicial. El decreto que lo estableció ha sido prácticamente anulado⁸.

Yo pregunto: ¿habéis aplicado plenamente, en los sindicatos o cooperativas, el principio electivo? No. ¿Elegís los funcionarios, contables, cajeros? ¿Elegís los empleados de una determinada profesión anterior? No. Vosotros elegís vuestra dirección entre los líderes más meritorios y dignos de fiar del sindicato, y encargáis a ella el nombramiento de los empleados y especialistas técnicos que sean necesarios. Lo mismo debe suceder en el ejército. Una vez que hemos instaurado el régimen soviético, es decir, un régimen en el cual están al frente del poder personas directamente elegidas por los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, no puede haber antagonismo entre el régimen y las masas obreras, como no puede haber antagonismo entre la dirección del sindicato y la asamblea general de sus miembros y, consiguientemente, no puede tener fundamento el temor a que los individuos del cuerpo de mando sean nombrados por los órganos del poder soviético. La verdadera solución del problema de la oficialidad consiste en crear cursos de instrucción para obreros y soldados avanzados, de tal manera que gradualmente sea formada una nueva oficialidad, cuyo espíritu corresponda al del régimen soviético. Esta tarea nos la hemos planteado ya⁹.

La cuestión de crear un ejército es ahora, para nosotros, una cuestión de vida o muerte. Vosotros lo comprendéis lo mismo que yo. Pero no podemos crear un ejército únicamente a través de un mecanismo administrativo, el cual es muy defectuoso por ahora. Si hay un mecanismo poderoso en nuestras manos es un mecanismo ideológico, nuestro partido. Él va a crear el ejército, camaradas, y hará todo lo necesario para extirpar los prejuicios a que me he referido, nos ayudará a completar los cuadros del ejército revolucionario con obreros y campesinos fieles y combativos, intervendrá para que se lleve a cabo en las fábricas y pueblos el servicio militar obligatorio, y creará, de esa manera, el aparato de combate para la defensa de la república soviética.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

⁸ *El principio de elección en el Ejército Rojo* es casi enteramente abolido por las reglas que establece la disposición “Sobre las normas de nombramiento para los cargos en el Ejército Rojo obrero campesino.” El decreto fue ratificado por el Comité Central Ejecutivo el 22 de abril de 1918, pero las reglas indicadas fueron promulgadas por el Comisariado de Asuntos Militares un poco antes.

⁹ Después de la revolución de octubre todas las escuelas militares, incluidas las de alféreces, fueron disueltas. La orden del Comisariado de Asuntos Militares, n° 104 del 28 de enero, promulgó las bases esenciales de los “Cursos acelerados para la formación de mandos del ejército rojo obrero y campesino”. El objeto de los cursos era la preparación de instructores militares fieles al poder soviético. El 14 de febrero fueron abiertos los primeros cursos en Petrogrado, Moscú, Tver y Kazán.